

---

“Sed si tantus amor casus cognoscere nostros  
Et breviter Trojæ supremum audire laborem,  
Quanquam animus meminisse horret, luctuque refugit  
Incipiam.”.....

VIRGILIO. *Eneid. Lib. 11.*

“Mas pues en tí tan gran deseo entiendo  
De oír en breve suma nuestro duelo,  
Aunque rehuse el llanto la memoria,  
Comenzaré la lastimosa historia.

*Traducción de VELASCO.*

LA mas rica y la mas valiosa de las colonias que poseía en América la corona de España proclamó su independencia en el año de 1821, y la conquistó por sí sola, con aplauso del mundo civilizado. Una lucha sangrienta, y empeñada en mas de diez años, no podía tener otro término que la independencia de México; y cuando este desenlace se lograba por medios humanos y casi pacíficos, cuando por los admirables talentos del caudillo, tanto el dominio extraño como la anarquía reinante, parecían hundirse en una misma fosa, justo era que una revolución propiamente filosófica, escitara las mas vivas simpatías entre todos los amigos del género humano.

En la superficie del globo que habitamos, han ocurrido en la serie de los siglos frecuentes vicisitudes, apareciendo y desapareciendo sucesivamente grandes imperios y naciones. La monarquía española que fué señora de un territorio mayor en estension que la de la luna, no podía ecsimirse de esa ley universal de mengua ó destruccion; y debieron venir y vinieron circunstancias en que se le escaparan una tras otra las colonias à donde habia llevado su poder, sus costumbres y su civilizacion. Hé aquí que el suceso era previsto y esperado; y los pueblos que ya disfrutaban del rango de naciones, no podian ecsigir del mexicano al tomar asiento entre ellas, mas que el que llenara todas las condiciones presupuestas, dando testimonios de capacidad para regirse por sí mismo, de emplear con ventaja los numerosos elementos de riqueza de que disponia.

Siete ò mas millones de habitantes, un país atravesado por una dilatada cadena de montañas argentíferas, la produccion de los frutos tropicales mas estimados en el comercio de la Europa, estensas costas en el Pacífico y en el Atlántico, soldados aguerridos, con carácter resuelto, grandes adelantos en la civilizacion, hábitos de un gobierno regular y una organizacion administrativa, probada y completa; eran antecedentes demasiado favorables para presagiar un feliz resultado en el experimento que se hacia.

El general Iturbide puesto al frente de la empresa de la independencia, desarrolló para su consecucion las cualidades mas encumbradas del genio; y el plan llamado de Iguala, su magnífica concepcion, envolvia el pensamiento acertadísimo de no mezclar la peligrosa cuestion de la forma de gobierno, con los esfuerzos que requeria la adquisicion de un ser propio y para la cual todos los ánimos estaban acordes. Proclamando Iturbide la monarquía, no proponia otra cosa que la conservacion de un régimen político que habia estado en ejercicio por el largo periodo de tres siglos, es decir, que no pretendió una novedad; y para los que aspiraran á otro sistema mas análogo y mas completo para la libertad del pueblo, el dogma recomendado de su soberanía y que es el fundamento y apoyo del derecho de insurreccion, sobraba para tranquilizar de pronto á los mas adelantados en sus designios.

Pagando sin embargo Iturbide un triste tributo á la condicion humana, mezquina condicion de errores, incurrió en el de prometer y procurar con incansable anhelo, que su plan político se desarrollara, tan presto como la independencia fuera un hecho consumado. Era en verdad una necesidad imperiosa y aconsejada por la prudencia, prorogar la dictadura que á contento de todos y con admiracion de muchos, habia desempeñado por el espacio de siete meses, dejando intacta á la sociedad, sin turbar sus hábitos, ni trastornar sus creencias. Bajo el modesto título de primer gefe del ejército de las Tres Garantías, no solamente habia conducido á éste á la victoria, con poca sangre y sin horrores, sino que tambien habia mantenido la organizacion antigua, dándole un nuevo centro, y este centro de accion y de autoridad, era el mismo Iturbide, circundado de una aureola de gloria indeficiente, y sostenido por el entusiasmo, tan tierno como puro, tan sincero como justo, de los pueblos que obtenian su libertad al cabo de tan reñida contienda.

Hasta el año de 1808, la subordinacion y la obediencia eran en la Nueva-España, mas que un deber, un hábito y una costumbre fácil, porque la colonia, aunque carecia de vida social y de importancia política, que pudiera decir propias, encontraba en los principios de la administracion suficientes garantías para la existencia individual y para todos los goces compatibles con su situacion. En aquel año fatídico, los trastornos causados en lo metrópoli por la invasion de las tropas francesas, tuvieron en México su eco, y por una ceguedad incomprendible, los mas interesados en conservar el régimen colonial intacto, ese ré-

gimen que convertia en una deidad inviolable al representante del monarca, conspiraron contra él, lo depusieron con estrépito y lo humillaron hasta el escándalo, destruyendo así las ilusiones que rodeaban á la autoridad y dando á los naturales del país un ejemplo, que no tardaria en hallar celosos imitadores. Rota así la cadena que colocaba en las manos del soberano de España el primer eslabon de los destinos de esta parte de sus Américas, la nueva autoridad fué una autoridad enteramente revolucionaria, y los pueblos comprendieron, que llegada la ocasion podrian sacudir el yugo, pues que se les habia revelado el secreto de su fuerza, y se habian despedazado los vínculos que tanto tiempo respetaron.

Dos años despues cundiò la fiebre imitatoria como una peste hasta los últimos confines de la Nueva España, y las masas, sublevadas por sus antiguos agravios y seguras del triunfo, arrollaron todos los obstáculos, anularon de hecho todas las leyes que constituían el sistema político y las leyes tambien del órden civil. El gobierno colonial, sostenido por todos los españoles europeos, por el clero, por los propietarios, por muchos hombres ilustrados, y por las castas, de las cuales sacó sus mejores soldados, atropellaba así mismo las mas antiguas y las mas santas instituciones, empleando todos los medios de la fuerza y de la violencia, haciendo la guerra sin cuartel, destruyendo al país que tanto le importaba conservar. A fines del año de 1819, una serie apenas interrumpida de derrotas que sufrieron los independientes, la muerte de sus caudillos de mayor valia, el cansancio y la postracion que tan larga guerra habia producido, la política mas humana del virey Apodaca, todas estas causas reunidas, contribuyeron á hacer desaparecer casi enteramente la revolucion armada, dejando no obstante muy vivas las impresiones morales, los resentimientos acerbos y ese conjunto de afectos que escluyen toda esperanza de resignacion. El restablecimiento de la constitucion de 1812 en la Península, mandada jurar en México, las medidas del gobierno provisional y los decretos de las còrtes, rebuyeron las mal apagadas cenizas, enagenaron las simpatías del clero, dividieron las opiniones del ejército, y alentaron á los patriotas con la ocasion propicia que debian á un acontecimiento tan inesperado. Así que, en el año de 1820, lejos de haber desaparecido los antiguos elementos de discordia, se hacinaron otros nuevos, y la sociedad mexicana distó tanto de conformarse con el órden de cosas recientemente creado, que una combustion general se juzgó inevitable, aún por los ménos previsivos.

El general Iturbide aprovechó la mejor oportunidad que podia apetecer para realizar su gran pensamiento de la emancipacion definitiva de la colonia; mas el resultado mismo que obtuvo y que tan próspero fué, suponía como antecedente la desorganizacion temporal de la sociedad, la relajacion de todos los resortes administrativos, la suplantacion de la autoridad, que apenas iba logrando restaurar su disputado dominio. Para que el héroe de Iguala realizara sus eleva-

das y patrióticas miras, fué indispensable conducir á la insubordinacion al ejército mismo que tan esforzada y constantemente habia defendido la causa de España; y si apelar á este recurso fué una necesidad para que fuera posible vencer al gobierno que se defendia con la fuerza, á la vez quedaba desvirtuado el medio mas seguro para mantener la obediencia en un país que se habia lanzado unánimemente á la revolucion.

La del año de 1821, fué recibida en México por todos los ánimos con igual contento al que manifestaron los franceses por la reunion de sus Notables en 1789, porque nada es mas natural que entregarse á felices presagios cuando se ofrecen á una sociedad abatida y desquiciada, motivos de esperanza, medios de reparacion, y una especie de panacea para sus graves y aflictivos males.

Iturbide pudo haberse aprovechado, mas en bien de su patria que de sí mismo, de esta situacion, que aunque fugitiva y precaria, brindaba con sobrados elementos, para que sirviera con provecho su personal prestigio, á la obra dificultosa de reemplazar con una autoridad respetada y obedecida, á la que habia caido para no levantarse jamas. Pero Iturbide, no alcanzando hasta dónde llegaba su valimiento, ó impaciente de dar cima á su empresa, compartió su autoridad y su poder con una junta que tituló soberana, y que no podia serlo mas que por una especie de ficcion, supuesto que habiéndola él nombrado, su mision la recibió de él solo, sin que para nada intervinieran los pueblos. ¿No era mas racional y mas prudente, haber retenido el poder, que delegarlo sin especial autorizacion para ello?

Un error conduce á otro error, así como un abismo lleva á otro abismo. Iturbide haciendo del desprendido y generoso, compuso la Junta de una buena parte de sus enemigos personales, de las notabilidades del gobierno caido, de algunos de sus compañeros de armas y de bastantes utopistas, de esos políticos originales que se ocupan de la perfeccion del edificio social, ántes que de construir sus cimientos. Desde las primeras discusiones de una reunion tan heterogénea, pudo descubrirse el espíritu de animadversion que la animaba respecto del glorioso caudillo de la Independencia, y aun en el nombramiento del quintillo de que compuso la regencia, procuró colocar al lado de Iturbide algunos colegas que coartaran su accion y lo embarazaran hasta en los mas insignificantes pormenores administrativos. Ciertamente es que para elevar su persona lo revistió de honores y le acordó recompensas; mas desgraciadamente escogió las que en un tiempo de escandalosa privanza, habian hecho tan odioso al llamado Príncipe de la Paz. Tal parece que no fué otro su designio que el de cercenarle de autoridades, cuanto pródigamente le concedia de las esterioridades del poder.

La autoridad de Iturbide resultó nula, cuando aparentemente se le ensalzaba y bajo la sombra de la Junta comenzó á organizarse la oposicion, abierta y violenta, que mas tarde produjo los mas amargos frutos.

El prestigio de un hombre, es á veces el mejor recurso de las sociedades, y la

historia nos suministra varios ejemplos de su utilidad en los extremos conflictos. ¿Qué hubiera sido de la bella Francia, si Napoleon no hubiera empuñado con mano tan firme las riendas del Estado? En México, así como en Francia, la anarquía lo habia desconcertado todo, la obediencia á las leyes pasaba por un sarcasmo, una revolucion permanente podia decirse organizada; mas en México ademas de las comunes desventajas, habia que crear una nacion, ó para hablar con esactitud, hacer que el pueblo dejara ese estado febril de agitacion, para obtener aquel rango.

El general Iturbide y sus inespertos consejeros, minaron los cimientos del edificio social, que levantaban, erigiendo una autoridad equívoca, dando lugar á contradicciones que debian ser excusadas, desaprovechando los momentos en que pudo trabajarse con suceso para restaurar el respeto á las leyes, para fortificar la disciplina del ejército; para cerrar en fin, el abismo inmensurable de las revoluciones. Tal vez un año de la autoridad absoluta de Iturbide, hubiera sido suficiente para que la sociedad, vuelta á su estado normal, discutiera tranquilamente la forma de gobierno que le conviniera adoptar, las instituciones antiguas, que por probadas merecieran conservarse, las reformas mas urgentes, y todos los pormenores de la administracion que se creaba. El mismo Iturbide, desengañado por la repulsa de España, y ecsaminando de cerca la condicion del país, hubiera renunciado al pensamiento de perdicion de conservar el régimen monárquico, de subir á un trono que mas tarde lo envolviera en su ruina. El, mejor que otro alguno, pudo haber organizado una república, prestándole la fuerza de su nombre, y la energia de su accion, dándole la organizacion mas adecuada para que fuera duradera.

Cierto es que el sentimiento de la independencia nació junto con el de la libertad, y que la opinion tantas veces frustrada en sus aspiraciones, urgía impacientemente para que entrara la nacion, sin esperar mas, en el ejercicio pleno de su soberanía, y para que sus representantes, libremente escogidos, decidieran todas las cuestiones sociales pendientes. Mas la opinion, con el consejo de todos los hombres circunspectos del país, pudo haberse rectificado; pudo corregirse la natural inquietud de los ánimos, con la expectativa de mejora, que no reclamaba otro sacrificio que el de un poco de tiempo.

La pronta reunion del congreso fué una imprudencia consecuente, imprudencia sin embargo, que menoscabó la importancia de Iturbide, tan necesaria en aquellos momentos, que le arrebató su prestigio, que obligó al libertador de la patria á descender del rango mas elevado á que puede llegar un hombre, para revolcarse en el cieno de los conspiradores mas comunes. Iturbide, apenas instalado el congreso, combatió su autoridad; y el congreso desde sus primeras sesiones, menoscabó la de Iturbide. De tan encontradas miras, de choques tan violentos, ¿podria venir otra cosa, que esa anarquía cuyos estragos sentimos todavia y siempre lamentamos?

Receloso el congreso de los proyectos ambiciosos de Iturbide, contando en su seno con un número considerable de monarquistas, festinó la resolución sobre forma de gobierno, y ratificó el plan de Iguala y tratados de Córdoba, en lo relativo al llamamiento al trono mexicano de los príncipes españoles. Abundaban en el congreso hombres de estado que pudieron haber previsto la negativa del rey y de las cortes de España, y que una vez escogido el régimen monárquico, resultaba un hueco que llenar; que este hueco no podía llenarse mas que con Iturbide, tanto por lo que personalmente valía, como por que se le había dado tal grandeza, que acercándolo al trono, no le restaba mas que un paso.

A Iturbide, por otra parte, se le colocó por las antipatías tan ámpliamente manifestadas en el congreso, en la terrible y penosa alternativa de sentarse en el sólio, ó de perecer bajo la influencia de las pasiones desencadenadas en su contra, á las que hipócritamente bautizaban con el nombre de opiniones liberales. La tenacidad con que se insistía en mendigar un monarca europeo, vástago de cualquiera de los reales troncos, alarmó á cuantos mexicanos estimaban en algo la nacionalidad y los derechos de su patria, y muchos, ántes que pasar por semejante humillacion, se decidieron á colocar la diadema en la misma cabeza que adornaban frescos é indeficientes laureles.

En un tumulto de la plebe de México, secundado muy en breve por las aclamaciones del ejército, se proclamó á Iturbide emperador, y el congreso arrebatado por la oleada, sancionó con vergonzosa debilidad y cobardía, las pretensiones de una sola ciudad y de una sola guarnicion de tropas. En los actos que inmediatamente siguieron á este, de los mas escandalosos, pareció que el congreso se conformaba con su destino y que aspiraba á consolidar la monstruosa obra que un motin había comenzado. Su conducta posterior demostró, sin embargo, que por una fría combinacion aguardaba á que Iturbide se precipitara, acosado por las contradicciones que le hacia sufrir, para perderlo y perderse. No de otra manera sucumbió el implacable enemigo de los filisteos.

El entusiasmo con que en todas las provincias fué recibido el encumbramiento de Iturbide, acabó de alucinarlo, y contemplándose fuerte por la aquiescencia de la opinion, no se paró en la eleccion de medios para escarmentar al congreso, cada vez mas hostil á su gobierno y á su persona. El moderno César era brioso, y no se detuvo en las orillas del Rubicon. Iturbide disolvió al congreso, y éste cayó en el ridículo, porque ántes había caído en la nulidad.

Como las revoluciones tienen su árbol genealógico, en concepto de un satírico español, desde este desconcierto de las primeras autoridades de la nacion independiente, podemos llegar hasta el de las de nuestros dias; porque el pueblo se ha ido acostumbrando á estimar en poco, y aun á entregar al desprecio, á los altos funcionarios, que tan torpe y malamente han correspondido á los fines de su institucion, y á las esperanzas gratuitas con que fueron honrados.

Hé aquí á la representacion nacional ultrajada y humillada, y hé aquí al reudentor de la patria trasformado como por encanto en déspota y opresor.

La soberana Junta provisional gubernativa que engendró el plan de Iguala, había dado los primeros ejemplos de resistencia al poder de Iturbide, que por un contrasentido había tambien realizado; y el congreso, su servil imitador, escudado con la legitimidad de su origen, declaró al hombre necesario una guerra mas viva y una persecucion mas enconada. El emperador por su parte, estimándose quizá el verdadero representante del pueblo, como Napoleon en época no muy distante; luchando con los embarazos que se multiplicaban en su derredor, rompió el yugo que se le imponía, porque el movimiento, y este movimiento el mas espedito, era un reclamo de la sociedad y una escigencia de su alma imperiosa.

La Junta y el Congreso, con notable desacuerdo, alteraron y trastornaron el sistema rentístico, probado en una larga serie de años, y que era el fruto de la madura reflexion de los escelentes administradores que gobernaron la colonia. Estas dos autoridades, que como soberanas rompian cuanto tocaban, dieron los primeros golpes á ese monumento de tres siglos de sobiduría; golpes que se han repetido hasta en nuestra época, sin dejar piedra sobre piedra. Causará siempre asombro, el prurito de aumentar gastos y el flujo irrestañable de destruir los medios mas adecuados para satisfacerlos.

Otra responsabilidad de mas graves y desastrosas consecuencias, pesa sobre la Junta y el Congreso. Esta es la de haber cooperado eficazmente al desarrollo en el país de las ideas demagógicas, cuando su verdadera y su mas noble mision, no podía ser otra, que preparar el terreno para que progresaran lentamente, como era indispensable hacerlo, las ideas democráticas, á la vez que las ideas de orden y de justicia. Si en la sociedad ha dominado la anarquía y ha sido permanente el estado de revolucion, la república es el único gobierno posible, porque admitiendo los principios esenciales de un gobierno libre, llama á la sociedad al orden y reprime los excesos de la violencia. Cuando se convoca á la multitud, para que ejerza el poder, no se le abandona á sus instintos; y obligándola á elegir sus representantes, se procura que estos sean los mejores, señalándoles cualidades que sirvan por sí mismas de garantía para el acierto de la designacion.

La Junta y el Congreso cafan en una contradiccion manifiesta, escagerando ciertos principios políticos que hubieran dañado á la república misma si á esta hubieran preferido, y que eran aun mas nocivos á la monarquía que decretaron con tan poco tino. Así es como insensiblemente se fué apartando á la nacion de la senda que le convenia seguir; así es como se fué desnaturalizando su carácter por medio de reformas imprudentes, que mas tarde han producido un verdadero caos; sin adelantos positivos; sin que se vea llegar jamas la época suspirada de progreso.

El Congreso fué mas pródigo que magnífico en los premios acordados á los

que conquistaron la independencia nacional; y con mayor mesura, que no es incompatible con la munificencia, hubiera logrado atender á mérito tan eminente, sin abrir esa ancha puerta de las recompensas, que despues han sido el estímulo y el galardón de todas nuestras revoluciones.

La poderosa y necesaria influencia de los errores en que incurrieron todas las autoridades al comenzar nuestra carrera política, ha servido para perpetuarlos, y las cosas han caminado de mal en peor, alejándose toda esperanza de remedio. Humillada una vez la representacion nacional, ¿podríamos prometernos que en lo sucesivo fuera respetada? Vilipendiada la autoridad y la persona del que nos dió patria, ¿había probabilidad de que fueran acatados y obedecidos los hombres de inferior prestigio, que fueran mas adelante los depositarios de un poder tan tempranamente combatido? Amparadas las doctrinas mas desorganizadoras y antisociales, ¿no era de temer que el contagio viciara perpétuamente nuestra existencia política? Acogido un sistema destructor de instituciones recomendadas por la esperiencia, ¿nos prometeríamos que las reformas mas urgentes, se intentaran con acierto y cordura?

Y volviendo á las circunstancias anómalas en que se colocó el héroe de Iguala por haber resuelto la disolucion del congreso, cuya instalacion estuvo en sus intereses y en los del país, haber prorogado, encontraremos que de rechazo todos los conatos se dirigieron desde entónces á procurar la ruina del hombre que estaba ya acusado de aspiraciones á la tiranía, y de haberse sobrepuesto sin medida á todas las leyes. En Tamaulipas se escuchó la voz de alarma, y esa voz nació de la misma boca que pronunció andando el tiempo el inicuo fallo de la muerte del libertador. Generoso éste para con el general D. Felipe de la Garza, pareció que despreciaba el mal disimulado designio de derribarlo, que acogian muchas cabezas pensadoras.

Un soldado de valor, de genio y de fortuna, lanzó el grito de república en la ciudad de Veracruz á 2 de Diciembre de 1822. Aquellos momentos eran los de mayor prestigio de Iturbide, porque las provincias habian ratificado espontáneamente su eleccion, y le habian jurado fidelidad en los trasportes de un inequívoco entusiasmo. Los que ignoraban el verdadero estado del país, congeturaron que el intento del brigadier Santa-Anna era un arrojito; que el movimiento iniciado no encontraria simpatías fuera de los muros de Veracruz, y que el caudillo, considerándose perdido, se precipitaría en las aguas del océano con su magnánimo pensamiento. No conocian ellos la poca consistencia de las afectaciones personales, y la versatilidad consuetudinaria del carácter mexicano, siempre inclinado á lo nuevo, malo ó bueno; á lo pronto, fácil ó resgoso. La multitud carecía de nociones políticas, que nadie habia cuidado de enseñarle: los hombres ilustrados, la escasa aristocracia mexicana del talento, se hallaba dividida por ideas enteramente contrarias; inclinándose los menos á las antiguas, y los mas á las de civilizacion y progreso. Los partidarios de las viejas

doctrinas, no eran hombres de accion; á la vez que sus opositores, jóvenes é indiscretos en su mayor parte, no se detenian en la eleccion de los medios y con voluntad ardiente marchaban hácia la consecucion de su propósito.

Estraño es que Iturbide, dotado de tan singular viveza, no penetrara que el único recurso que se le ofrecía para desvirtuar á la revolucion, era colocarse al frente de ella, apresurándose á despedir su ridícula córte, á despojarse de arreos que tan mal convenian á su sólida gloria, y á restaurar á nombre del pueblo la suprema autoridad que dejó escapar de sus manos. Para desgracia suya, juzgó ligeramente que el fuego nacido entre las arenas de la costa, se apagaba con un soplo, y sin tomar en cuenta que lo hacía progresar la envidia, mostróse indignado y gustó de hacer prueba de los elementos equívocos de que disponía su gobierno.

La guarnicion de Veracruz habia dado las primeras muestras de infidelidad, y este ejemplo era demasiado seductor para el resto de las tropas del ejército. Acababa él de abandonar su bandera, y entendió que podia romper la nueva, y que la obediencia y la disciplina habian cesado de ser la obligacion del soldado. Iturbide, arrastrado por el destino, mandó reunir los mejores cuerpos al frente de Veracruz, y descansando en las promesas de un antiguo compañero y del amigo que mas amaba, le confió el mando de las fuerzas, para que á mansalva pudiera traicionarle. Quien le traicionó fué el general D. José Antonio Echávarri, no por adhesion á la república que detestaba, sino porque era un mexicano el que ocupaba el trono, que pertenecía en su concepto, por derecho divino, á la familia de los Borbones. Realistas eran los que urdieron la trama: algunos incautos republicanos los ayudaron, y no pocos envidiosos de la brillante carrera de Iturbide. Santa-Anna proclamó un pensamiento político; Echávarri no proclamó mas que una venganza: Santa-Anna apelaba á la soberanía del pueblo, fuente y origen del poder, para fundar una república; Echávarri decretó en la Casa-Mata, la restauracion del Congreso, porque el Congreso estaba dispuesto á arruinar á Iturbide.

Este ardoroso caudillo, de valor tan probado en los campos de batalla, vaciló y se perdió en el primer desden que le hizo la fortuna. ¿Por qué no se colocó á la cabeza de los soldados que le permanecieron leales, para restablecer su crédito por uno de esos grandes hechos que conquistan la admiracion, y rehabilitan al poder combatido? ¿Por qué no se abandonó al pueblo y le restituyó plenamente sus derechos? Léjos de adoptar alguno de estos partidos en tan irregular crisis, prefirió el mas espuesto de todos; el de sacar del sepulcro al olvidado Congreso, para que vuelto á la vida cobrara brios, y le arrancara la corona. La justicia del cielo y la de la tierra perdonan los crímenes: las faltas, y mas cuando estas faltas arguyen pusilanimidad, no las perdona nadie.

El ejército entero, con honrosas escepciones, se convirtió contra el héroe que lo habia colocado en la senda de la gloria, y que tanto trabajó por mantener su

preponderancia y su brillo. Las autoridades de las provincias emprendieron su ensayo anárquico, desvirtuándose à sí mismas y à cuantas han venido despues. ¡Y los pueblos? Los pueblos callaron y obedecieron, como han obedecido y callado siempre, sin que estímulo alguno pudiera sacarlos de la fria indiferencia con que ven pasar y repasar tantas revoluciones, en las cuales jamas les cabe parte ni provecho.

Si Iturbide y Santa-Anna, los dos únicos mexicanos que han recibido de lo alto el fuego sagrado del genio, se hubieran estudiado y se hubieran comprendido á sí mismos, los dos, por sí solos, hubieran merecido bien de su patria, dándole un gobierno estable y libre por mas de medio siglo. La enconada rivalidad que los separò, precipitò á uno en la fosa de Padilla, y ha arrojado al otro à lejanas y estrañas costas. Unidos entrambos por las ideas de libertad y de justicia, México no sería lo que es hoy, el ludibrio y el escarnio del universo. Iturbide, abandonando el cetro y la vana pompa que para nada necesitaba, al establecer la república y al procurar consolidarla, no hubiera rebajado su crédito, y hubiera impuesto silencio á los enemigos que vencía con su magnanimidad. Y el pueblo, ya que Iturbide se propuso sacudir la corona y no reservarse autoridad alguna, debió, no solamente evitar el vilipendio que pesó sobre el autor de la independencía, sino mantenerlo en el poder bajo cualquiera título, convencido de la inferior capacidad de los que habian de sucederle en el mando, y del escaso prestigio con que en medio de la tormenta, se encargarían de dirigir la nave del Estado.

Por rubor y por decencia, cuando no hubiera consultado el congreso à otros motivos, estaba comprometido à no declarar que la coronacion de Iturbide habia sido efecto de la violencia, porque esta declaracion envolvia la de su vergonzosa debilidad, que contrastò con la noble firmeza de los quince representantes que le negaron su sufragio. Mas ese mismo congreso que puso en la catedral de México la diadema en las sienas de Iturbide, y que autorizó con su presencia la uncion que aplica la iglesia en la frente de los reyes, anulò despues todos estos actos y los consiguientes del gobierno imperial, destituyó al emperador, y lo confinó à un puerto de Italia. ¡Cuántos errores y cuántas maldades!

Aunque el pensamiento dominante de los caudillos de Casa Mata, fué el de resucitar el plan de Iguala y los tratados de Córdoba, en cuanto importaba al llamamiento de los borbones, el congreso, arrebatado por la fuerza de la opinion, revocó esas transacciones, abriendo de una vez la puerta al sistema de gobierno republicano.

Bajo tales auspicios, se procedió à criar un poder ejecutivo compuesto de tres miembros, y estos de los que mas se ensañaron contra Iturbide y sus adictos. El nuevo gobierno, que se espantaba con el nombre solo del ilustre proscrito, apresuró su embarque, y mas que de otro negocio, entre muchos y graves que ocurrieron, se ocupó de la persecucion mas cruel que se ha visto, espiando, ace-

chando y castigando hasta la mas insignificante espresion de condolencia, que naturalmente arrancaba la suerte del hombre à quien éramos deudores de la existencia nacional.

Miéntas él se dirigía à tierras mas hospitalarias que su propia patria, ésta era ya víctima de las facciones que brotaban por todas partes, sin que el débil gobierno que oprimía à los miserables, pudiera contener el torrente que ya se desbordaba sobre el congreso, única autoridad universalmente reconocida por las ecsigencias de la revolucion.

Los iturbidistas, por las injusticias cometidas con su héroe, y por las que gravitaban incesantemente sobre ellos mismos, los aspirantes que se veían detenidos en el progreso de su ambicion, los que suponían en el congreso intenciones liberticidas, los que apetecían nuevos goces sociales, los que pretendían consumir en breve tiempo lo que en pueblos mas adelantados es obra de siglos; los descontentos, en fin, que eran muchos, los enemigos del congreso, que eran casi todos, se conjuraron para ecsigir su relevo y suplantarle. Tan enérgico reclamo dió al traste con el congreso, aplicándosele la pena del tanto por tanto. ¡Castigo justo de las autoridades que atropellan los fueros y las consideraciones debidas à otras!

En dos años escasos, las esperanzas del país cifradas en los talentos y en el carácter de Iturbide, se habian disipado como el humo; y otras esperanzas, mas tardías y mas efímeras, las que se pretendieron apoyar en el congreso, habian venido à tierra sin ruido y sin escándalo, porque esa corporacion que tan torpemente servía à los rencores de la época, no habia logrado crearse favor ni simpatías.

El ejército, léjos de mantener el órden y de corresponder à los nobles fines de su institucion, fué el que tomò sobre sí por entònces la inmensa responsabilidad de iniciar las revueltas domésticas, asemejándose en una larga serie de años, à aquellas guardias de los pretores que introducían siempre la confusion en Roma.

Las juntas provinciales, modeladas por la constitucion de las cortes de Capiz, salieron de su esfera municipal, y se erigieron en autoridades políticas, con pretensiones de ejercer los atributos de la soberanía, desde que fueron llamadas à figurar en la subversion del imperio, y se fueron acostumbrando, no muy poco à poco, à los hábitos del sistema federativo, que alhagaba tantos intereses y era el medio mas seguro de arrancar el poder à los enemigos del héroe de Iguala, y de obtener una amplia y memorable venganza.

Si no hubieran precedido tantos desaciertos, y si todos los hombres influentes y experimentados, se hubieran puesto de acuerdo en la interesante mira de organizar el gobierno que ofrecía menores inconvenientes, una república compacta y fuerte, como es indispensable que lo sea todo gobierno nuevo y de antecedentes desfavorables, hubiera ecistido en México desde 1821, se hubiera con-